

Prólogo

Este libro es una recopilación de artículos que he publicado en revistas especializadas de Bioética. Incluyo también escritos en prensa, cuando el tema ha propiciado un gran debate.

Comencé a dictar la asignatura de Deontología Biológica a los alumnos de Ciencias Biológicas en el curso 1975-76. Gran parte de los temas que presento ahora son cuestiones a las que desde entonces me he dedicado hasta el presente en el año 2021.

Precisamente es en la década de los 70 cuando es acuñado el término “Bioética”. Esta tarea la llevan a cabo dos científicos estadounidenses: el oncólogo Van Rensselaer Potter y Sargent Shriver, benefactor del Instituto Kennedy. Potter usó el término Bioética, ya utilizado anteriormente, para mostrar la necesidad de no separar los valores éticos de los hechos biológicos. Afirma en el Prefacio de su obra *Bioethics: a Bridge to the Future*: «Hay dos culturas –ciencias y humanidades– que parecen incapaces de hablarse una a la otra... Si es parte de la razón de que el futuro de la humanidad sea incierto, entonces podríamos construir un ‘puente hacia el futuro’ construyendo la disciplina Bioética como un puente entre las dos culturas».

Anteriormente, en 1927, el pastor y filósofo alemán Fritz Jahr quiso aplicar el imperativo categórico de Kant a todas las formas de vida, no solo a la humana: «Para que la regla de nuestras acciones sea la exigencia bioética: ¡respetar a todo ser vivo en principio como un objetivo en sí mismo y tratarlo, si es posible, como tal!». Recientemente, un grupo de académicos europeos ha promovido el resurgimiento de la reputación y conocimientos de Jahr.

Sin conocerla, he defendido esta visión de la “bioética sin apellidos”. Esto es, reconocer y respetar el significado natural de los hechos biológicos de seres vivos. El objeto principal de esta ciencia lo ocupa la corporalidad humana y su relación con el mundo natural. El desarrollo de esta disciplina permite señalar los principios éticos de la medicina y de la investigación científica.

La Bio-Ética es una ciencia interdisciplinaria. Ha de partir, por una parte, de los rigurosos datos presentados por la Biología, así como de su inseparable e intrínseco significado señalado por la Ética. Realizar un correcto juicio ético es incompatible con pretender “inventar” una Ética aplicada de forma extrínseca a cualquier “disparate científico”.

Así pues, el punto de partida de la racionalidad ética son los datos científicos confirmados. Existe un debate racional cuando se conocen los datos, las tendencias científicas y las biotecnológicas, especialmente. No es infrecuente que aparezcan en los medios de comunicación noticias sensacionalistas del mundo de las ciencias de la vida y biomédicas, principalmente. Al mismo tiempo que los nuevos conocimientos sobre nuestra propia naturaleza nos llenan de asombro y alimentan la esperanza de mejorar, es cierto también que despiertan un cierto temor expresado en los siguientes interrogantes: ¿Hacia dónde nos lleva el progreso?; ¿qué se logrará con la manipulación biológica de nuestra naturaleza?; ¿qué significa hoy el progreso?; ¿no habremos marginado realmente campos de investigación vitales para la supervivencia de la mayoría de los

seres humanos?; ¿pueden existir límites en la investigación o, por el contrario, el progreso excluye toda limitación? Estas y otras muchas cuestiones de diversa índole resultan ineludibles, porque nos afectan a todos.

La cuestión crucial en la investigación es dilucidar la justa medida que nos permita aprovechar al máximo los nuevos conocimientos, pero sin ceder al imperativo de desarrollar toda la potencia tecnológica. Hay que tener presente que esta potencialidad es siempre dual, esto es, un mismo conocimiento puede ser aplicado para beneficiar o para destruir. Resulta difícil alcanzar los acuerdos necesarios para encontrar y aceptar los límites justos, especialmente cuando técnicamente es factible traspasarlos, cediendo a las ventajas reportadas aún a costa de renunciar a lo irrenunciable, a la dignidad humana.

En la actualidad la tarea primordial de la Bioética es tomarse lo suficientemente en serio la Biología, especialmente la Biología humana –que no es Zoología– para que la investigación no recorra terrenos éticamente comprometidos con la dignidad del hombre y el respeto a la naturaleza. Ciertamente el ideal actual del ser humano y su vida obedece profundamente al imperativo de una utópica ideología. Esta promueve un ser humano perfecto biológica y totalmente autónomo, que rechaza cualquier lazo natural en la transmisión de la vida y es capaz de elegir su sexualidad. Vemos cómo desde la biotecnología y la biomedicina se niega el derecho a nacer a personas con discapacidad o predisposiciones “no admisibles” en el siglo XXI, sea cual sea el precio humano que pagar.

El número 75 de Cuadernos de Bioética¹ presenta el comienzo de los Informes ACRE, acrónimo de “avances científicos de relevancia ética”, con la pretensión de dar a conocer con rigor los

1. Recurso online disponible en www.aebioetica.org.

datos, las tendencias científicas y las biotecnológicas, especialmente, imprescindible todo ello para un debate bioético racional.

Es cierto, por una parte, que la velocidad del desarrollo de los conocimientos y su aplicación, no facilitan su comprensión y una reflexión crítica. Por otra parte, es difícil el acceso directo a la ciencia, ya que son pocos los científicos que divulgan las publicaciones especializadas de forma rigurosa, y, a su vez, hay carencia de profesionales de la comunicación científica. En ocasiones, me han solicitado opiniones sobre la veracidad de un tema científico debatido, en términos similares a estos: “X número de científicos apoyan lo que se dice en cierta publicación. Sé que usted no opinará igual. Con el fin de que haya debate, agradecería recibir su opinión”. Y es que cuando un tema se debate entre no especialistas no se busca su veracidad, sino las conveniencias económicas, ideológicas o incluso políticas.

Es evidente que ya se han producido muchos cambios y se han sobrepasado límites que hacen difícil, por no decir imposible, la marcha atrás en algunos campos. Asimismo, nos acechan serias dudas acerca de nuestra capacidad para controlar adecuadamente las vías que irresponsablemente hemos abierto.

La extraordinaria importancia atribuida a la libertad personal para decidir no debe hacernos olvidar que la autodeterminación conlleva unas condiciones y tiene sus límites. Convencidos del valor del progreso al servicio del hombre es importante combatir tanto miedos irracionales y visiones apocalípticas como puras fantasías sobre el potencial tecnológico.

Durante este casi medio siglo de dedicación a la ciencia y su divulgación, las cuestiones planteadas se resumen en las siguientes: Qué ofrecen de bueno las numerosas posibilidades ofrecidas; qué debemos intentar a sabiendas de que, a veces, no sea considerado políticamente correcto y qué no se debe hacer bajo ningún concepto y, por tanto, debemos informarlo así con pleno rigor. Estoy

convencida de que las respuestas bioéticas requieren el compromiso de profesionales libres de intereses y que debaten racionalmente. En este sentido, es mejor ser acusados de ilusos por querer llegar a una certeza, que de derrotistas.

Actualmente, el debate de algunos temas puede darse ya por concluido y mal cerrado. En cualquier caso, junto con los artículos publicados en revistas especializados, añadiré las declaraciones en prensa que realicé en su momento.

En definitiva, me adhiero a la propuesta realizada por el presidente alemán, Johannes Rau, en su “Discurso Berlínés” del 18 de mayo de 2001: «Si tenemos dudas fundadas acerca de si es lícito o no hacer algo que es técnicamente factible, debe quedar prohibido en tanto no se hayan disipado todas las dudas fundadas».

Natalia López Moratalla

Catedrática emérita de Bioquímica y Biología Molecular